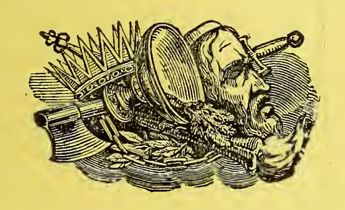
EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL HIPÓCRITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS, Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1858.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librería de Cuesta, calle de Carretas, n. 9.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.	*Motril.*	Ballesteros.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.	*Manzanares.*	Acebedo.
Algeciras.	Almenara.	*Mondoñedo.*	Delgado.
Alicante.	Ibarra.	*Orense.*	Robles.
Almeria.	Alvarez.	*Oviedo.*	Palacio.
Aranjuez.	Prado.	*Osuna.*	Montero.
Avila.	Rico.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Badajoz	Orduña.	*Palma.*	Gelabert.
Barcelona.	Viuda de Mayol.	*Pamplona.*	Barrena.
Bilbao.	Astuy.	*Palma del Rio.*	Gamero.
Burgos.	Hervias.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Càceres.	Valiente.	*Puerto de Santa Maria.*	Valderrama.
Cádiz.	V. de Moraleda.	*Puerto-Rico.*	Marquez.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.	*Reus.*	Prins.
Córdoba.	Lozano.	*Ronda.*	Gutierrez.
Cuenca.	Mariana.	*Sanlucar.*	Esper.
Castellon .	Gutierrez.	*S. Fernando.*	Meneses.
Ciudad-Real.	Arellano.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Ramirez.
Coruña.	García Alvarez.	*Santander.*	Laparte.
Cartagena.	Muñoz Garcia.	*Santiago.*	Escribano.
Chiclana.	Sanchez.	*Soria.*	Rioja.
Ecija.	Garcia.	*Segovia.*	Alonso.
Figueras.	Conte Lacoste.	*S. Sebastian.*	Garralda.
Gerona.	Dorca.	*Sevilla.*	Alvarez y Comp.
Gijon.	Sanz Crespo.	*Salamanca.*	Huebra.
Granada.	Zamora.	*Segorbe.*	Clavel.
Guadalajara.	Oñana.	*Tarragona.*	Aymat.
Habana.	CharlainyFernz.	*Toro.*	Tejedor.
Haro.	Quintana.	*Toledo.*	Hernandez.
Huelva.	Osorno.	*Teruel.*	Castillo.
Huesca.	Guillen.	*Tuy.*	Martz. de la Cruz.
Jaen.	Idalgo.	*Talavera.*	Castro.
Jerez.	Bueno.	*Valencia.*	Moles.
Leon.	Viuda de Miñon.	*Valladolid.*	Hernainz.
Lérida.	Zara y Suarez.	*Vitoria.*	Galindo.
Lugo.	Pujol y Masía.	*Villanueva y Geltrú.*	Magin Beltran y compañia.
Lorca.	Delgado.	*Ubeda.*	Treviño.
Logroño.	Verdejo.	*Zamora.*	Calamita.
Loja.	Cano.	*Zaragoza.*	V. Andrés.
Málaga.	Cañavate.		
Mataró.	Abadal.		
Murcia.	Hermanos de Andrion.		

EL HIPÓCRITA,

COMEDIA DE MOLIÈRE,

PUESTA EN TRES ACTOS, EN PROSA, Y ACOMODADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON CAYETANO ROSELL.

Estrenada en el Teatro del Circo, de Madrid, el 19 de Noviembre de 1858.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1858.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFIA	SRA. D.ª TEODORA LAMADRID
MARIANA	AMALIA GUTIERREZ.
ISABEL	JOSEFA HIJOSA.
DOÑA GERTRUDIS	LORENZA CAMPOS.
DON TIMOTEO	SR. D. JOAQUIN ARJONA.
DON BENITO	MARIANO FERNANDEZ.
DON ANTONIO	ENRIQUE ARJONA.
ENRIQUE	VICTORINO TAMAYO.
DON LUIS	RICARDO MORALES.
UN JUEZ	GREGORIO LAVALLE.
UN ALCALDE DE BARRIO	ATANASIO MARÉ.
UN CRIADO	JOSÉ DIEZ.

La accion pasa en Madrid, en el año 1709.

ACTO PRIMERO.

Antesala en casa de Don Benito. Puerta de entrada en el fondo. Balcon en el lado izquierdo, y enfrente otra puerta que conduce á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GERTRUDIS y su criada; despues SOFIA, MARIANA, ISABEL, DON ANTONIO y ENRIQUE.

GERT. (Saliendo por la puerta de la derecha.) La cruz, como al diablo! No quiero estar mas en esta casa. (A la criada.) Simona, que se lleven mi ajuar los mozos por la otra puerta.

SOFIA. (Saliendo por el mismo lado con todos los demas.) Pero madre...

GERT. Yo no soy su madre de usted, ni usted mi hija, sino mi nuera, y en segundas nupcias.

SOFIA. Pero yo ¿en qué la he faltado á usted? ¿Por qué quiere usted marcharse?

GERT. Porque no es posible vivir aqui; porque esta es una olla de grillos, una casa de Orates, un infierno!

ISAB. Ave Maria!...

GERT. Niña, usted métase en lo que le importe. Si por ser sobrina política de mi hijo, se figura...

ENR. A qué viene esto?

GERT. Viene, caballerito, á que usted es un tontuelo, esta-

mos? Vergüenza me dá de tener semejante nieto.

MAR. Pero, abuelita...

GERT. Miren la marisabidilla, la mosca muerta. ¡Del agua mansa me libre Dios!

SOFIA. Es decir...

GERT. (Interrumpiéndola.) Es decir, hija mia, que su conducta de usted es muy reprensible; que debiera dar á todos mejor ejemplo, como hacia la que esté en gloria, y no derrochar el dinero tan sin conciencia, viviendo con ese lujo, que es un escándalo. Porque una mujer que solo trata de agradar á su marido, no necesita emperejilarse tanto.

ANT. Pero venga usted acá, señora...

GERT. A usted no le dan vela para este entierro. Yo le he tratado á usted siempre con atencion, y hasta con respeto, porque al cabo es cuñado de mi hijo; pero este habia yo de ser, que no hubiera usted metido aquí el cuezo tan fácilmente.

ENR. Ya se vé: no todos somos Don Timoteo.

GERT. Eso faltaba, que un zascandil ponga en duda la integridad de un hombre...

ENR. Sí, que hace profesion de santo, y luego desuella vivos á cuantos caen bajo su férula.

ISAB. Mayor cócora! En todo quiere meterse.

GERT. Hace muy bien en querer que sea buen cristiano todo el mundo; y si mi hijo no fuera un mandria...

ENR. ¡Qué empeño en que hemos de adorarle todos! Pues yo no puedo sufrirle mas; y el mejor dia...

ISAB. Un hombre que vino aquí en cueros y traspillado, y hoy manda mas que mi tio.

GERT. ¡Ojalá fuese cierto, que de otro modo andaria esta casa!

ISAB. Usted le tendrá por un ángel, mas para mí es un taimado de siete suelas.

GERT. ¡Deslenguada, calumniadora!

ISAB. ¡Pues digo, el apunte del criadito!

GERT. El criado será lo que quiera, pero el amo es un santo varon; sino que aquí nadie le puede ver, porque dice la verdad, y porque no consiente que se ofenda á Dios, como le ofenden todos ustedes.

ISAB. Ya: ¿y por eso nos tiene á todos metidos en un puño? Cuidado con el hombre, que ni una visita puede entrar

por esas puertas, que no se ponga hecho una furia.— Será aprension, pero á veces se me figura que está enamorado de mi tia!

GERT. Jesus! Jesus! Qué infame!—¡Que reprueba las visitas! ¿No ha de reprobarlas, si esta casa parece un meson, que no se vé libre de gente á ninguna hora?

ANT. Nada: mejor será incomunicarse con todo el mundo.

GERT. Sí, señor; y mi hijo ha hecho muy bien en traerse á Don Timoteo, que mal que les pese á ustedes, pondrá órden en esta casa, y acabará con todas esas visitas y bromas y cuchicheos. Porque aquí no se oye palabra buena, sino cuentos y chismes y picardias, y siempre murmurando, y siempre quitando el pellejo al prójimo, y sobre todo á ese buen señor. Yo lo digo! yo lo digo! (A Don Antonio.) Y así, hija mia, (A Sofía.) hasta el valle de Josafat; que lo que es de esta casa, ni el polvo quiero.—Queden ustedes con Dios.—(Dando un empellon á la criada,) Bestia! Animal! ¿Qué haces ahí, mirando las musarañas? ¡Anda delante; lista! (Váse, llevándola á empujones. La siguen Sofia, Mariana y Enrique.)

ESCENA II.

DON ANTONIO, ISABEL.

ANT. Bendita de Dios vaya.—Qué mujer!

ISAB. No sabe ella el favor que nos hace yéndose para siempre.

ANT. No he visto energúmeno semejante. Y ¡qué infatuada está con Don Timoteo!

ISAB. ¡Pues si viera usted á su hijo! Cuanto se diga es poco. Parecia natural que quien ha sido militar, y vertido su sangre con tal denuedo, no se pagase de un mojigato; pero desde que ese hombre puso los pies en casa, mi pobre tio ha perdido la chabeta. ¿Creerá usted que le llama hermano, y le mima y acaricia como á un niño, y no dá paso sin contar con él, haciéndole único depositario de sus secretos, y cifrando en él cuanto cariño debiera tener á madre, mujer é hijos? Qué! Si parece que le ha hechizado! En la mesa le cede el mejor lugar, le colma el plato, le consulta el gusto, se extasía con sus palabras, y se edifica hasta con sus bostezos. Vamos: es una ceguedad, es un delirio; y él se deja querer, y le

encalabrina y engatusa de tal manera, que come, bebe y triunfa á su costa como un príncipe. En fin, hasta su criado manda ya en casa, y todos tenemos que obedecerle.

ESCENA III.

SOFIA, MARIANA, ENRIQUE, que vuelven á salir.—DON ANTONIO, ISABEL.

SOFIA. (A D Antonio.) De buena te has librado. ¡Qué de improperios iba diciendo por la escalera! (Mirando por el balcon.) Pero, ¿no es Benito el que cruza la calle? No hay duda. Él es!

ANT. Qué está ahí tu marido?

SOFIA. Ahora mismo llega.—Voy á abrirle su habitacion. Recíbele tú, y dále una buena carda.

ESCENA IV.

DON ANTONIO, ENRIQUE, ISABEL.

ENR. Dígale usted tambien algo de la boda de Mariana, pues sin duda Don Timoteo le aconseja lo contrario; y el pobre Luis... Y luego ya sabe usted que la hermana de este... Enlazándonos recíprocamente...

ISAB. Silencio, que entra. (Váse Enrique por la derecha.)

ESCENA V.

DON BENITO.—DON ANTONIO, ISABEL.

BENITO. Antonio! Tú por aquí!

ANT. Ya me marchaba; he visto que venias, y he querido tener el gusto de recibirte.

BENITO. Hola, Isabel! ¿Cómo ha ido? ¿Hay novedad en casa?

ISAB. Hoy no; pero antes de ayer buen susto nos dió la tia.

BENITO. ¿Y Don Timoteo?

ISAB. Colorado y gordo como un flamenco.

BENITO. Pobrecillo!

ISAB. Pues nos dió un susto, porque amaneció calenturienta, no pudo comer, y por la tarde le dió un desmayo.

BENITO. ¿A Don Timoteo?

ISAB. Qué! Don Timoteo comió como un Heliogábalo.

BENITO. Pobrecillo!

ISAB. ¿No he dicho que fué la tia? Despues pasó la noche muy agitada, sin poder sosegar un cuarto de hora...

BENITO. Cómo! ¿Don Timoteo...

ISAB. Don Timoteo se acostó así que le mulleron la cama, y durmió de un tiron toda la noche.

BENITO. Pobrecillo!

ISAB. Ayer estuvo mejor, y hoy se siente del todo buena.

BENITO. ¿Dónde está ahora?

ISAB. ¿Don Timoteo?... Se lo preguntaré á la tia, y le diré de paso al interés que usted se toma por su salud. (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

DON BENITO, DON ANTONIO.

ANT. ¿Lo ves, hombre? Se burlan de tí, y lo peor es que tienen razon de sobra. ¿Dónde se ha visto querer á un hombre con tanto extremo? Bueno que le hayas sacado de la miseria; pero tenerle...

BENITO. (Interrumpiéndole.) Poco á poco. Hasta ahí pueden llegar las chanzas. ¿Conoces tú á ese de quien estás hablando?

ANT. Conózcale ó no, me basta...

BENITO. Ah! Pues si le conocieras... Conocerías á un hombre... ¡qué hombre! Él me ha enseñado á despreciarlo todo, parientes, amigos, bienes... Mira: si mañana se me murieran mis hijos, mi mujer, mi madre, toda mi familia... me quedaria tan fresco!

ANT. Bonita filosofia!

BENITO. Ya lo creo. ¡Cuidado si fué fortuna tropezar con un hombre asi! Le veia en la iglesia todos los dias, tan humilde, tan devoto, tan compungido, que daba pena. Cómo besaba el suelo! ¡Qué golpes de pecho, que estremecian! Siempre cuando iba á salir, me ofrecia el agua bendita. Llegué á saber por un mozo que le acompañaba, que tenia poca salud y mucha necesidad; me empeñé en socorrerle; pero él siempre me devolvia la mitad de lo que le daba, diciéndome: «Eso no, hermano mio; yo no merezco tanto.» En fin, gané el cielo el dia que le traje á casa: desde entonces todo ha sido contento y felicidad. Pues, y como hombre, si es la honradez perso-

nificada! ¡Qué velar por mis intereses, qué seguir siempre á Sofia, hecho centinela de mi honor, y avisándome de si la miran con ojos atrevidos este ó aquel mequetrefe! Oh! lo que es con ella se muestra mas celoso que yo mismo. Y luego otras mil prendas que en él concurren. Es acérrimo partidario, como nosotros, de Don Felipe, español puro y neto, y tan desinteresado, que habiéndole ofrecido varias veces empleos de consideracion, dice que los ha rehusado todos.

ANT. ¡Ah! ¡lo dice! Benito, tú estas loco, ó quieres hacerme comulgar con ruedas de molino.

BENITO. Eso es, lo de siempre; injurias, palabras propias de vuestro libertinaje. Cien veces te he dicho que no me hables en esos términos.

ANT. De manera que Don Timoteo es un santo, porque en la iglesia se da golpes de pecho; un hombre honrado, porque sigue á todas partes á tu mujer; y un modelo de ciudadanos, porque hasta hoy no ha tenido ningun empleo?

BENITO. ¿Conoces tú otro tan virtuoso?

ANT. Ven acá, desventurado. ¿Y si su devocion es hipocresia? Y si cela tanto á tu mujer, porque esté enamorado de ella? Y si por fin es un embuste eso de los empleos, ó en efecto los ha rehusado por sobra de ambicion, ó por exceso de holgazaneria?

BENITO. Ya se vé: como tú eres tan intachable, tan perfecto, y gozas de esa superioridad en todo!

ANT. Yo no me creo superior en nada, y estoy muy lejos de una perfeccion de que no hago alarde; pero procuro discernir el vicio de la virtud, lo falso de lo verdadero. Loable y santa es la vida que se emplea en obras de devocion, y todos debiéramos practicarla; mas por lo mismo que el hombre verdaderamente religioso es tan merecedor de respeto y de imitacion, al que no siéndolo, finge serlo, por sacrílego y por falsario deberia la sociedad imponerle ejemplar castigo. Pues qué! ¿No hay mas que burlarse impunemente de la religion, hacer tráfico de la virtud, engañar á los demas, y á trueque de falsas exterioridades, granjearse atenciones, mercedes, fortuna y honras? Dicen que el hipócrita es preferible al malvado, porque á lo menos no daña con el mal ejemplo; pero tarde ó temprano se experimenta al fin su

maldad, tanto mas odiosa, cuanto que va cubierta con la capa del disimulo. Yo respetaria á tu protegido, y no dudaria de su sinceridad ni de su hombria de bien, si no le creyera egoista, iracundo, reservado, falso y vengativo.—Porque no digo el que intenta pasar por santo, sino el que procura ser virtuoso, es modesto, apacible, franco, generoso y conciliador; juzga á los demas por sí mismo; no los acusa de libertinos, y menos sin fundamento; se cuida de sus propias obras, y casi nunca de las ajenas; y en cuestiones de honradez, procede siempre como honrado, mas no se jacta de serlo.—Dime, Benito: ¿hace algo de esto Don Timoteo?

BENITO. No sé.—¿Ha acabado usted ya?

ANT. Sí por cierto.

BENITO. (Haciendo que se va.) Pues, señor: muy felices dias.

ANT. Espera un momento: dejemos esta conversacion.—Sabes que á Luis, el hijo de...

BENITO. (Interrumpiéndole.) Bien... qué quiere?

ANT. Le diste tu consentimiento al pedirte la mano de Mariana...

BENITO. Cierto: ¿y qué...

ANT. Fijaste dia para la boda...

BENITO. Verdad tambien.—¿Qué tenemos?

ANT. ¿Por qué no se verifica?

BENITO. Porque no.

ANT. ¿Has mudado de parecer?

BENITO. Quién sabe!

ANT. ¿Serias capaz de faltar á tu palabra?

BENITO. No faltaré, mas...

ANT. Supongo que no habrá inconveniente alguno...

BENITO. Veremos.

ANT. Pero, hombre, esas reticencias... Luis me ha rogado que te hable...

BENITO. Me alegro mucho.

ANT. Y bien: ¿qué le digo?

BENITO. Lo que quieras.

ANT. No.—Tú ¿qué resuelves?

BENITO. Nada.

ANT. En suma, ¿estás dispuesto á cumplir tu palabra, ó no?

BENITO. Estoy cansado.—Hasta luego. (Va á entrar por la derecha, y se detiene á la puerta. Don Antonio entra por el fondo.)

ANT. (Al entrar.) Este hombre se ha vuelto loco.

ESCENA VII.

DON BENITO, despues MARIANA.

BENITO. (Desde la puerta.) Chist! Chist! (Llamando con la mano.) Mariana!

MAR. (Saliendo.) Padre! ¿Viene usted bueno? ¿Todavia está usted en la antesala?

BENITO. Silencio! No grites.—¿Anda por ahí dentro alguien que pueda oirnos?

MAR. Nadie.

BENITO. Pues escúchame dos palabras.

MAR. ¿Qué tiene usted que decirme?

BENITO. Y esto para *inter nos*.

MAR. ¿Es secreto?

BENITO. Y tanto!—Mariana: sabes cuánto te quiero. Siempre has sido muy buena...

MAR. Yo le agradezco á usted su cariño...

BENITO. Bien, bien: para merecerlo, es preciso que en todo trates de darme gusto.

MAR. Pues ¿no lo hago así?

BENITO. No es eso.—En resúmen: ¿qué te parece Don Timoteo?

MAR. ¿A mí?

BENITO. ¡Cuidado con lo que dices!

MAR. Yo diré lo que usted quiera.

BENITO. Perfectamente: bien respondido. ¿Verdad que es persona de mucho mérito, que te agrada en extremo, y que si yo te casara con él, te creerias dichosa? Dime.

MAR. Cómo?

BENITO. Qué dices?

MAR. De qué?

BENITO. No lo oyes?

MAR. Pero si no entiendo. .

BENITO. Pues mas claro no puede hablarse.

MAR. ¿Quién dice usted que me agrada, y que casándose conmigo me haria dichosa?

BENITO. Don Timoteo.

MAR. Pero, señor, si no hay nada de eso.—¿Habia yo de mentir de esa manera?

BENITO. Si no es que mientas, sino que te manifiestes dispuesta á darle tu mano.

MAR. Yo?—Y ¿usted habia de consentir...

BENITO. No que no.—Como que así lo tengo resuelto.

MAR. Don Timoteo, que nada es y que nada tiene, introducirse en nuestra familia...

BENITO. Por eso mismo. En no tener nada consiste su mérito; que si quisiera, seria poderoso ¿Tú no sabes que ha perdido todos sus bienes, todas las comodidades de esta vida, para entregarse mejor á la contemplacion y cuidados de la otra?

MAR. Pero si dicen que eso es mentira.

BENITO. Yo lo aseguro, y basta.—Y en cuanto á caballero y bien nacido, ahí está su ejecutoria de nobleza, que ha querido mostrarme infinitas veces...

MAR. Con que siendo tan místico, se la echa de linajudo!

BENITO. Niña, yo soy su padre de usted, y sé lo que la conviene. Habia dicho que sí al tal Luisito, á ese botarate, que segun he oido es un jugador, y tiene otros muchos vicios... Ya se vé: qué ha de ser? No pone los pies en la iglesia...

MAR. ¿Luis jugador, vicioso y descuidado en los deberes que le dicta la religion? No es cierto, padre, no es cierto.

BENITO. Bien, como si lo fuera. Le di palabra de que seria mi yerno; ya no hay nada de lo dicho.

MAR. (Enternecida.) ¿Será posible que usted...

BENITO. Vaya, vaya: tú no te cuides de eso. Te casarás con Don Timoteo, no lo dudes, y vivireis muy santamente, y queriéndoos mucho. (Viendo que Mariana rompe á llorar.) Esas lágrimas son la mejor prueba de tu docilidad. No tengo mas que decirte. Voy á ver si descanso un rato.

ESCENA VIII.

ISABEL, que sale por el fondo.—MARIANA.

ISAB. ¿Estás llorando? ¿Qué te ha sucedido? ¿Te ha regañado tu padre?

MAR. ¡Ay Isabel! Déjame; déjame, que me estoy ahogando.

ISAB. Pero ¿qué tienes?

MAR. Que soy la criatura mas desdichada que se conoce.

ISAB. Ya lo adivino. Algun chisme ha armado ese santurron.

MAR. ¡Oh! Nunca hubiera entrado por esas puertas.

ISAB. ¿No lo dije? Vamos, sosiégate. Y bien ¿qué es ello?

MAR. Dios mio! Qué padre tengo! Que en un alma como la su-

ya quepa tanta inhumanidad!... Me ha encargado el sigilo; pero séame lícito desobedecerle por vez primera. Ya Luis no será mi esposo.

ISAB. Pues cómo? ¿Qué novedad...

MAR. Quiere casarme con él.

ISAB. ¿Con quién?

MAR. Con Don Timoteo.

ISAB. ¿Eso te ha indicado...

MAR. No: me ha impuesto este sacrificio.

ISAB. Pero tú le habrás hecho ver...

MAR. Nada: apenas le he replicado.

ISAB. Jesus! Qué desatino! Qué ceguedad de señor! Y tú ¿por qué no te has resistido...

MAR. Contra un padre irritado ¿de qué sirve la resistencia?

ISAB. Cuando menos has debido hacerle presente que tú, para amar, no necesitas de apoderados; que el hombre con quien te cases, ha de parecerte bien; y que si él está prendado de Don Timoteo, tómele por marido, y no te le endose á tí.

MAR. Ay! que como tú no has conocido al tuyo, ignoras lo que es un padre!

ISAB. Cabal! Pero vamos á ver: tú amas á Luis, sí ó no?

MAR. Eso me preguntas, sabiendo con cuánto extremo?

ISAB. Y él te corresponde?

MAR. Con toda su alma.

ISAB. ¿Y esperas...

MAR. Ser suya, ó perder la vida.

ISAB. (Con ironia.) Oh heróica resolucion! Bien pensado! Quién quiere vivir penando, teniendo á mano un remedio como la muerte! Pues, mira, esa misma letania hubieras debido rezársela á tu padre.

MAR. ¡Pobre de mí! Y estaba temblando de miedo!

ISAB. Ya. Y ¿qué piensas hacer?

MAR. Luis hará algun esfuerzo.

ISAB. Pero figúrate que nada logra; que tu padre sigue en sus trece, y no hace caso de su palabra: ¿ha de ir Luis á desafiarle?

MAR. Y yo ¿he de hacer pública mi pasion, dando un escándalo, con mengua de mi pudor y de mis deberes?

ISAB. Pues nada, hija, mientras te mueres ó no, cásate con Don Timoteo. Y vaya si te envidiarán esta boda muchas! Un hombre tan bueno, tan fino, tan galan, jóven aun, y

distinguido por su posicion y por su fortuna... Te digo que harás con él una suerte loca.

MAR. Por Dios, no me atormentes así! Buen modo de aconsejarme!

ISAB. Pero ¿qué consejo he de dar á una chiquilla sin resolucion...

MAR. ¿Sin resolucion... Pues bien: la tendré; yo te lo prometo. (En ademan de irse.)

ISAB. No, no; aguarda.—Al cabo conseguirás que invente yo algun recurso.

MAR. Díme qué puedo hacer para que sin perder el respeto á un padre...

ISAB. Mira: lo primero es conducirse con cierta maña... Pero aquí viene Luis; le consultaremos.

ESCENA IX.

DON LUIS.—MARIANA. ISABEL (apartándose á un lado.)

LUIS. (A Mariana) Señorita, una noticia acabo de oir, que si fuese cierta...

MAR. Cuál?

LUIS. Que se casa usted con Don Timoteo.

MAR. Eso ha resuelto mi padre.

LUIS. ¿Su padre de usted...

MAR. Ha variado de resolucion, y acaba así de anunciármelo.

LUIS. Pero, formalmente?

MAR. Digo! Si hubiera usted visto con qué amenazas!

LUIS. Y usted qué partido piensa adoptar?

MAR. Qué sé yo?

LUIS. Me gusta!—Con que no sabe usted...

MAR. No señor.

LUIS. No?

MAR. Qué me aconseja usted?

LUIS. Nada... que se una usted con Don Timoteo.

MAR. Sí?

LUIS. Sí señora.

MAR. De veras?

LUIS. Por qué no? Me parece que no es la eleccion dudosa.

MAR. Es claro.—Pues bien; tomaré el consejo.

LUIS. Así como así, no creo que le cueste á usted gran trabajo.

MAR. El mismo que á usted le ha costado el dármelo.
LUIS. Cierto: cuando se vé que una cosa agrada...
MAR. Por ser de su agrado de usted, lo tomo.
LUIS. Ya! ¿Con que su amor de usted era...
MAR. Como el del que me aconseja que renuncie al suyo.
LUIS. Pero si eso es un pretexto.
MAR. Séalo enhorabuena.—Mudemos de conversacion.
LUIS. ¿Para qué, si hemos concluido?—Marianita, á los pies de usted. (Hace como que va á marcharse.)
MAR. Abur.
LUIS. (Volviendo.) Cuidado que yo no tengo la culpa de este rompimiento.
MAR. Ah! por supuesto.
LUIS. (Acercándose mas.) Que no hago mas que seguir el ejemplo que me da usted.
MAR. Sí, señor, mi ejemplo..
LUIS. (Yéndose otra vez.) Desde hoy quedará usted para siempre libre de mi presencia.
MAR. Mejor: lo celebro mucho.
LUIS. (Deteniéndose en la puerta.) ¿Cómo?
MAR. Eh?
LUIS. Entendí que me habia usted llamado.
MAR. Yo? Está usted soñando.
LUIS. Pues usted perdone.—No me equivocaré mas. (Sale.)
ISAB. ¿Es posible que seas tan loca? (Dirigiéndose á la puerta.) Luis!
MAR. Déjale que se marche.
ISAB. Calla! (Don Luis vuelve otra vez. A él.) Venga usted acá.
LUIS. No, Isabel.—Para qué? (Isabel le coge del brazo.)
MAR. Bueno.—Yéndome yo... (Va á entrarse)
ISAB. (Soltando á Don Luis y cogiendo á Mariana..) Tampoco.
MAR. Si no ha de ser, por mas que te empeñes...
LUIS. Haga usted lo que quiera.—Yo estoy resuelto...
ISAB. Eh! Basta ya de farsas y tonterias.
LUIS. Pero ¿no ha oido usted...
MAR. ¿No has visto...
ISAB. Sí, que tan majadero es el uno como el otro. Si estan ustedes rabiando... A ver... (Queriendo coger la mano á Mariana.) Usted... (Lo mismo á Don Luis.)
MAR. Digo que no quiero.
LUIS. Que es inútil. (Isabel les hace darse las manos.)
MAR. Qué gracia! A la fuerza... (Siguen los dos cogidos un rato

de las manos sin mirarse)

LUIS. Qué tal? Ni siquiera me mira... (Mariana se vuelve hácia Don Luis sonriéndose.)

ISAB. Y está riéndose!—Vamos, locuras de enamorados!

LUIS. (A Mariana.) Pero ¿no he tenido razon...

MAR. Si no fuera usted tan ingrato...

ISAB. Vamos: se acabaron las reconvenciones.—Lo que importa es desbaratar esa boda...

MAR. Y cómo?

ISAB. Escucha. Tu padre desistirá de ese empeño.... Es una ridiculez... Tú debes mostrarte conforme, fingir que admites sin repugnancia... porque la contradiccion le haria emperrarse mas en su proyecto, y precipitarlo. Luego te pones mala, ó inventas cualquier obstáculo... El asunto es que pase tiempo, que remedio no faltará. Ello es que mientras tú no digas que sí, nadie ha de ser tu esposo... Usted recurra á todos sus amigos para que exijan á mi tio el cumplimiento de su palabra. Yo por mi parte conjuraré al resto de la familia... Y lo que por el pronto debe evitarse es que los hallen á ustedes juntos! (A Don Luis.) Con que á casita, pronto. Y tú, niña, adentro: ya debieras empezar á ponerte pálida.

LUIS. Yo, Mariana, me voy en la seguridad...

MAR. En cuanto de mí dependa, no seré de otro.

LUIS. Pero es preciso...

ISAB. Es preciso no charlar tanto. Afuera!

LUIS. Voy.—(A Mariana, estrechando su mano.) Mariana!

MAR. Luis mio!

ISAB. ¿Empezamos por otro tono?

LUIS. Pero si...

MAR. (A Isabel.) Aguarda.

ISAB. Para aguardar estamos.—Ea! Usted por allí, y tú por acá. Así se hace.

(Los separa, empujando á Mariana, hasta que consigue meterla adentro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala lujosamente amueblada. Puerta de entrada en el fondo. Otras dos á derecha é izquierda, que se supone comunican con el resto de la casa.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, ENRIQUE.

ENR. Por quien soy que ha de pagármelas ese bribon. Intrigante! Hipócrita! No: yo le aseguro...

ISAB. Enrique, no seas así; tu padre ha manifestado este deseo; pero de aquí hasta que se realice... No es tan fiero el leon como le pintan.

ENR. No importa: el huésped ha tomado ya muchas alas, y le he de sentar la mano.

ISAB. Será un grandísimo desacierto. Sofia, tu madrastra, me ha prometido encargarse de este asunto. Tiene, como sabes, mucho ascendiente sobre ese hombre, que en todo trata de complacerla...

ENR. Sí: la mira con unos ojos...

ISAB. Pues bien: si sus intenciones fuesen las que creemos, no podria estar el asunto en mejor estado. En fin, ella me ha dicho que va á hablarle sobre esta boda, con ánimo de ver por una parte qué intencion es la suya, y de prevenirle por otra los disgustos que ocasionará y á que él mismo se verá expuesto.

ENR. Con todo, no seria malo que yo le dijese antes...

ISAB. Nada, Enrique: que tiente el vado Sofia, y despues veremos.—No he podido hablarle, porque su criado me ha dicho que estaba en sus devociones... Calla! si no me equivoco, ha sonado la puerta de su cuarto.—Vete.

ENR. Pues no salgo de casa hasta que me digas...

ISAB. Yo te lo contaré todo. (*Váse Enrique por la derecha.*)

ESCENA II.

DON TIMOTEO, ISABEL.

TIM. (*Saliendo á la escena por la izquierda, y viendo á Isabel, finge hablar con su criado.*) Lorenzo, guarda el rosario y las novenas que estan encima del reclinatorio. Voy al Hospital y á las cuarenta Horas. (*A Isabel, como quien repara en ella.*) Santos y buenos dias nos dé Dios.

ISAB. Tenia que decir á usted...

TIM. Pero, hija, ¿á qué es ir con los brazos descubiertos? Eso es una deshonestidad.

ISAB. ¡Válgame Dios, en qué cosas repara usted! ¿Es posible que hasta mis brazos le sirvan de tentacion?

TIM. De tentacion no, pero sí de escándalo.—¿Tánto cuesta un poco mas de recogimiento?

ISAB. Recoja usted sus ojos, y no verá lo que le escandaliza.

TIM. Ay! Un grano! Y tan sonrosado! (*Cogiéndola el brazo y estrechándosele con fruicion.*)

ISAB. Dicen que es robustez!

TIM. Le incomodará á usted mucho?

ISAB. Cá! No, señor; no tiene malicia.

TIM. Me lastima tanto cualquiera cosa!

ISAB. Ya! Debe usted ser muy sensible. Por eso sin duda visita tanto los hospitales. (*Retirando el brazo.*) Pues, señor, mi tia desea saber si puede venir á hablar con usted.

TIM. Sofia? Ah! Sí, sí, cuando guste. Tardará mucho?

ISAB. Esperando estaba... pero aquí viene.—Santos y buenos dias. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA III.

SOFIA, DON TIMOTEO.

TIM. Oh! Señora! ¡Cuánto agradezco... Y ¿se ha molestado

usted...

SOFIA. No es molestia... ¿Por qué no he de poder yo visitar á usted?—Pero mejor estaremos sentados.

TIM. (Acercando sillas.) Seguramente.—Y qué tal? ¿Se halla usted mas aliviada?

SOFIA. (Sentándose.) Como si nada hubiese tenido. Alifafes de mujeres, de que no debe hacerse caso.

TIM (Lo mismo.) Oh! Con todo... Dios oyó sin duda mis oraciones. Siempre le ruego por usted, pero en esta ocasion con mayor motivo.

SOFIA. Lo creo, y doy á usted gracias por su cuidado.

TIM. Mayor le merece su salud de usted.—¡Si á cambio de ella pudiese yo dar la mia!

SOFIA. Jesus! Eso es ya un extremo de caridad.

TIM. Nunca la caridad es extremada; y yo lo digo como lo siento.

SOFIA. Don Timoteo, necesito hablar con usted á solas de cierto asunto, y he preferido esta habitacion para que no nos estorbe nadie.

TIM. Si usted supiera que ha realizado una de mis mayores ilusiones! Cuántas veces he pedido á Dios esta gracia, que no me ha otorgado hasta ahora!

SOFIA. Pues bien: en lo que voy á preguntar á usted, le ruego que me conteste con franqueza.

TIM. Con franqueza deseo tambien que me trate usted. Y ante todo debo disculparme... debo dar á usted una explicacion acerca de mi conducta.—Cuando yo repruebo, por ejemplo, que reciba usted visitas, no trato de contrariar á usted en lo mas mínimo, no señora; quiero solo probarle el interés, el afecto...

SOFIA. Pues ¿lo he dudado yo nunca?

TIM. (Cogiéndola la mano.) Ah! Sofia, es que mi desgracia...

SOFIA. (Retirándola.) Cómo! Es usted desgraciado?

TIM. Y ¿usted lo ignora! Oh! (Poniéndola la mano sobre las rodillas.) Si pudiera abrirle á usted mi corazon, revelarle mis sentimientos!

SOFIA. (Retirando la silla y bajando los ojos.) Eso nos empeñaria en prolijas digresiones.—Diga usted: ¿es cierto que, faltando á un compromiso anterior, ha pensado mi marido en dar á usted la mano de su hija?

TIM. Algo me ha indicado de eso; pero, señora, á decir verdad, no van por ese camino mis esperanzas; se elevan á

objeto mas alto, mas digno de ser amado.

SOFIA. Ya: como está usted desasido de toda aficion terrestre...

TIM. ¿Se burla usted...

SOFIA. Y solo tiene puesto en el cielo su pensamiento...

TIM. Sofia, ya es tiempo de hablar á usted con la franqueza que me ha exigido. Esa inclinacion que sentimos hácia las maravillas celestiales, no veda á nuestra alma apasionarse de las terrenas. La perfeccion de las obras de Dios ¿no está en armonia con nuestra sensibilidad? ¿Habria cosa mas inútil que la hermosura, si no abrigásemos corazones sensibles á sus encantos? Si Dios ha formado la belleza, y me ha inspirado á mí un impulso irresistible hácia ella ¿cómo exigir que la mire con indiferencia y hasta con desvio? No, ídolo de mi alma: yo no he sido dueño de sofocar este amor vehemente que me une á usted; y al verla tan hermosa, tan superior á las demas mujeres, he adorado en usted al sublime Autor de la naturaleza.—Harto he combatido este oculto afecto, creyéndolo imaginacion de mi fantasia, ó sugestion del infierno para perderme; ¡qué de angustias, qué de tribulaciones! Temí, porfié, quise huir; mas por fin llegué á convencerme de que semejante pasion, aunque voraz y ciega, no era culpable, podia conciliarse con la virtud; y entonces le dí franca entrada en mi corazon! Sofia, compadézcase usted de mí; no desdeñe un amor que usted misma ha grabado en lo mas íntimo de mi alma; en él cifro mi gloria, mi bienestar y hasta mi existencia; con sola una palabra puede usted labrar mi felicidad.—¿Será usted tan cruel que me haga para siempre desventurado?

SOFIA. Muy bien; muy bien: esa es una declaracion en regla; y sin embargo, me ha sorprendido mucho ¿Quién habia de decir que Don Timoteo, tan severo, tan místico, tan devoto...

TIM. Señora, este fuego en que me abraso, lejos de consumir, vivifica doblemente mi devocion. Será un extravio, un error de mi entendimiento; pero no soy responsable de él, como no lo es un demente de sus delirios; culpe usted de este afecto á la magia de su hermosura, no al ánimo indefenso que en vano ha tratado de resistirla.—Y qué! Una union fortuita, y las mas veces improvisada, porque la autorice la sociedad, ¿ha de ser mas acepta á

Dios que esta pasion misteriosa, callada y lenta, que infunde en nosotros no sabemos qué inspiracion, y se arraiga y crece á medida que son mayores los obstáculos que la contrarían?

SOFIA. Todo eso será muy ingenioso; pero suponga usted que en mí no produzca ni persuasion ni correspondencia; flaquearán por la base sus argumentos. Usted, por lo visto, es de los que todo lo explican por el sentimiento, y solo se valen de la razon para disculpar su inmoralidad y sus iniquidades.

TIM. Señora...

SOFIA. No, no crea usted que me he incomodado; antes bien le agradezco que haya usted accedido á mi ruego, hablándome con franqueza; pero ya ve usted que si refiriese á mi marido lo que ha pasado, probablemente desmereceria usted algo de su concepto.

TIM. Usted es sobrado bondadosa para perdonarme mi atrevimiento; y no puedo hacer á usted la injuria de suponer...

SOFIA. Cierto; el pudor me lo impediria.—No hablemos mas de este asunto, Don Timoteo; pues que, por otra parte, su edad y sus circunstancias...

TIM. Mi edad! ¿Acaso en la juventud se ama de esta manera? ¿Hallaria usted en un jóven la discrecion, el cuidado y el disimulo que solo son prendas de la edad madura?

SOFIA. En fin, hemos prolongado ya mucho la conferencia, y si la familia lo nota... Quedamos en que yo no diré nada á Benito; pero es menester que en cambio me haga usted un favor.

TIM. ¿No cuenta usted desde hoy con mi sumision mas ciega?

SOFIA. Es menester que por cuantos medios esten á su alcance evite casarse con Mariana, y apresure su boda con Luisito Dávalos.

TIM. Se lo prometo á usted —Y á mí ¿no me deja usted esperanza alguna?

SOFIA. ¿Volvemos á las andadas?

TIM. Sí, Sofia: una sonrisa, una expresion de agrado, un leve indicio de que usted me ama, ó cuando menos de que no es insensible al fuego que me devora... (Va á besarla una mano, y le sorprende Enrique.)

ESCENA IV.

ENRIQUE.—SOFIA, DON TIMOTEO.

ENR. (Mirando friamente á Don Timoteo, que le contempla asombrado.) Yo soy, yo soy. ¿Por qué no prosigue usted? Dios me ha encaminado aquí para que con mi presencia confunda al impostor que pretendia engañarnos. (Acercándose á él.) Infame! Hipócrita! No sé cómo me contengo... Pero ahora sabrá mi padre cómo corresponde usted á sus beneficios.

SOFIA. No, Enrique; el señor se impone á sí propio el castigo de su temeridad; basta con que la reconozca. Le he prometido no descubrir su falta, y conviene que no se sepa; ademas de que la mujer que sabe estimar su dignidad, no necesita acudir á nadie para que la defienda.

ENR. Cada cual tiene en esto sus opiniones, y yo profeso otras muy distintas. Este hombre es indigno de perdon: ha abusado de la confianza que se le dispensaba; ha introducido en esta casa un infierno; ha engañado vilmente á mi padre, para despues burlarse de su debilidad; y tan inícuo proceder no debe quedar impune. Medrados quedariamos, si ofreciéndose tan favorable ocasion de arrancarle la máscara, prefiriéramos hacernos cómplices de su hipocresia!

SOFIA. Enrique...

ENR. No, no se empeñe usted, porque todos sus ruegos serán inútiles.—Pues no faltaba mas, sino que con un bribon así fuese yo á echármela de generoso!

ESCENA V.

DON BENITO.—SOFIA, DON TIMOTEO, ENRIQUE.

ENR. Padre, llega usted á tiempo.—Este caballero, el alma de Dios, el santo á quien todos debiamos venerar y tener por un dechado de virtudes... no lo creerá usted, es un monstruo de ingratitud y de villania. Aquí acabo de sorprenderle declarando su amor á una esposa honrada...

BENITO. Cómo?...

SOFIA. Yo pensaba guardar silencio, y no hacerte participar de

este disgusto.—¿Quién puede estar á salvo de un mentecato... Enrique, has hecho muy mal.—Ahora sufre las consecuencias. (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

DON BENITO, DON TIMOTEO, ENRIQUE.

BENITO. No acabo de comprender... (A Don Timoteo.) Qué me dice usted?

TIM. Que todo es verdad, que es cierto; que soy un criminal, un inícuo, un pecador indigno de absolucion. Mi vida está sembrada de horrores y de maldades, y Dios permite que una á una caigan hoy todas sobre mi frente.—¿Por quién me ha tenido usted?—Acúsenme de lo que quieran; yo renuncio á defenderme. Crea, hermano, lo que le dicen; ármese de indignacion, y arrójeme de su casa. Mófese de mí el mundo; nada me importa: merezco mas.

BENITO. (A Enrique.) ¿Con que es decir que has inventado una calumnia, con ánimo de que perdiera mi estimacion...

ENR. (A Don Timoteo.) ¿Es posible... ¡Todavia se atreve usted...

BENITO. Cállate, infame; calla.

TIM. No, no señor; que hable. Si ha dicho la verdad pura! ¿Por qué se pone usted de parte mia, desazonándose con su hijo? ¿Quién le asegura á usted que yo no sea capaz de cometer una infamia? ¿Da usted crédito á mi semblante, y se fia de vanas apariencias? Pues sepan todos que soy un perverso, y que si me han tenido hasta ahora por hombre de bien, se engañan. (Dirigiéndose á Enrique.) Sí, hijo mio; hace usted bien en tratarme así, llamándome libertino, infame, estafador, homicida... todo esto soy, no lo niego; aquí me tiene usted á sus plantas, (Arrodillándose.) confesando mi ignominia, y declarándome merecedor de esos y de mayores improperios.

BENITO. (A Don Timoteo.) Jesus! Baste ya, hermano, baste. (A su hijo.) Y ¿no te caes muerto de vergüenza?

ENR. ¿Con que usted sigue dando crédito ..

BENITO. (A su hijo.) Vete de mi presencia, vete! (Levantando á Don Timoteo.) Alce, por Dios, hermano. (A Enrique.) Infame!

ENR. De modo que...

BENITO. Vete! digo.

ENR. Por vida de... Que se dude...
BENITO. Calla, ó te arranco la lengua!
TIM. Vamos: no se incomode, hermano; castígueme á mí, no á él.
BENITO. (A su hijo.) Ingrato!
TIM. Vaya con Dios.—Y si algo pueden mis ruegos, (Arrodillándose.) de rodillas...
BENITO. (Arrodillándose tambien, y abrazando á Don Timoteo.) Ah! Eso no, hermano mio... (A su hijo.) ¿Ves, miserable, qué alma...
ENR. Lo que veo...
BENITO. Silencio!
ENR. Está bien.
BENITO. Que te calles! Yo bien sé que aquí le aborrecen todos, y que andan buscando medios de enemistarnos; pero no ha de salir de casa, no señor; ha de mandar en ella; y para mayor confusion de vuestro orgullo, ha de ser tu cuñado, le he de casar con mi hija, y pronto.
ENR. Sí; si ella le da su mano.
BENITO. Se la dará, y esta misma noche. Veremos quién puede mas, y quién me desobedece.—Ahora, retráctate de cuanto has dicho; y á pedirle perdon, tunante!
ENR. ¿Pedir yo perdon á ese embustero...
BENITO. Cómo! Con que todavia le insultas! (Corriendo por la escena.) Un palo! Un palo! (A Don Timoteo.) Déjeme usted! No me... (A su hijo.) Ea! Fuera de casa! Á la calle! No has de poner aquí mas los pies!
ENR. Bien, me iré; pero yo le juro...
BENITO. Pronto! Á pedir limosna! Desde hoy quedas desheredado... y ademas te echo mi maldicion! (Váse Enrique por el fondo.)

ESCENA VII.

DON BENITO, DON TIMOTEO.

BENITO. Jesus! Jesus! Qué canalla!
TIM. Dios mio! Perdonadle la pena que me ha causado! (A Don Benito.) Si supiera usted cuánto siento que me hagan odioso á los ojos de mi protector!
BENITO. Ah!
TIM. Y que me tengan por ingrato! Esto es lo que no puedo

sufrir con resignacion; porque la ingratitud es un crímen tan horrible..... Ay! No puedo mas! Me ahogo; siento una opresion en el pecho...

BENITO. (Conmovido y desasosegado.) Pero, señor, que no haya yo tenido resolucion para bañarle la boca en sangre!... Vamos, hermano mio, sosiéguese; eso no vale nada.

TIM. Mire usted: ya es preciso quitar todo pretexto á la maledicencia; y una vez que por mi causa se ha introducido aquí la discordia, hoy mismo debo marcharme...

BENITO. Cómo se entiende? Marcharse usted?

TIM. Qué he de hacer? Me aborrecen todos; se guardan de mí, como de un delator, ó de un animal dañino... Yo bien sé que no he nacido para vivir entre gentes...

BENITO. Y á usted qué le importa, si yo no les hago caso?

TIM. Con todo; dia puede llegar...

BENITO. Nunca, nunca; no me conoce usted.

TIM. Ay, amigo! Que lo que no logra un hijo ó un pariente, lo consigue al fin una mujer dotada de cierta astucia...

BENITO. Ríase usted de mi mujer y de todo el mundo.

TIM. Pero ¿no es mas fácil que yo abandone esta casa, y que, como suele decirse, quiebre la soga por lo mas delgado?

BENITO. No señor. Era menester que yo me resolviese á vivir sin usted, y esto no es posible.

TIM. Entonces tendré que vencerme... Mas ¿por qué no se vence usted?

BENITO. Dale! Porque no quiero. Vea usted si consentiré en que se vaya de mi casa, cuando le he hecho ya dueño de ella.

TIM. Cómo? Que al fin...

BENITO. Que al fin he otorgado la escritura de cesion en favor de usted.—La traeré para que la vea.

TIM. Pero, señor...

BENITO. Nada; ya no es tiempo de reflexiones. De mis bienes libres, puedo disponer como me convenga ó como me agrade. Desde hoy esta casa le pertenece á usted: puede usted arrojarme de ella.

TIM. Ave Maria! Así habia yo de proceder .. Supongo que la donacion está hecha en favor del nombre que indiqué á usted?

BENITO. De aquel nombre supuesto? No, señor; nada de trapisondas; en el de usted, en el de *Don Timoteo Azucena.*

TIM. Pero ¿no considera usted...

BENITO. De resultas de haberlo considerado, he conocido que era una tonteria. ¿Quién es Don *Rufo Melilla* para hacerle figurar en un instrumento público? Como usted no entiende de estas cosas, no ve los inconvenientes que puede tener semejante suposicion.

TIM. Yo recelaba solo...

BENITO. Sí, que interpretasen esta donacion de un modo que á usted le fuese perjudicial.—Pues no señor: ¿qué uso podria usted hacer de una propiedad que no llevase su nombre, ni aun el de otra persona determinada? Con esto habrá menos oposicion por parte de mi hija y de la familia á que sea usted individuo de ella, pues todo se queda en casa. No hablemos mas del asunto...

TIM. Ah! Mentecato de mí! lo mejor se me olvidaba. ¿Qué ha hecho usted del recibo aquel...

BENITO. ¿El de los quince mil ducados? En el arca lo conservo.

TIM. Allí corre mas peligro que en parte alguna. ¿Sabe usted lo que me han contado?

BENITO. No.—Diga usted.—¿Qué ocurre?

TIM. Que anda la justicia en un pié, con motivo de cierta conspiracion austriaca...

BENITO. Y bien, á mí ¿me han de tener por conspirador...

TIM. No, pero en estos tiempos nadie está libre de un envidioso, de un enemigo oculto... Y ¿qué sabemos si el truhan que supo embaucar á usted ..

BENITO. ¡Estafa como ella!... Sacarme toda esa suma para evitar una quiebra, segun decian, remitírsela á los enemigos, y pagarme luego con un recibo de Staremberg...

TIM. Y ya ve usted, que tener uno cuenta abierta nada menos que con el caudillo austriaco... No es menester mas para ir á parar Dios sabe adónde.

BNIETO. Pero ¿será posible que duden de mi lealtad?

TIM. Ni el haber defendido con las armas los derechos de nuestro legítimo señor Don Felipe V, ni el haber peleado en Almansa tan bizarramente, serian méritos bastantes contra la calumnia.—El amigo que engañó á usted se halla en pais extraño; mas ¿y si por este medio solicitara su indulto, ó intentaran los enemigos recoger así sus obligaciones? En el mundo todo es iniquidad. Hasta el haberse usted retirado á su casa se interpretaria siniestramente. Nada, nada, señor: no tenga usted semejante papel consigo.

BENITO. Con que usted sabe...

TIM. Que estan registrando infinitas casas, por cierto de personas que nada tienen de sospechosas. Un amigo, realista si los hay, me lo ha referido todo; y parece que ya se han recogido documentos que revelan una vasta conspiracion.

BENITO. Dios mio! ¿Qué hacer entónces? Arrojaré al fuego la carta en que está incluido...

TIM. Qué! No señor: nada de eso. Con que usted me la dé á mí, la guardaré donde esté á salvo de todo riesgo.

BENITO. De veras? Y usted ¿no se comprometerá...

TIM. Un pobre diablo como yo ¿á quién inspira recelos?

BENITO. Ah! De qué cuidado me libra usted! ¿Cómo le pagaré tantos favores... Pues bien; espéreme usted aquí; le traeré ese papel, y el otro.

TIM. (Haciéndose el olvidadizo.) El otro?

BENITO. Sí; la escritura de donacion. (Váse Don Benito. Don Timoteo se queda en la escena paseándose con muestras de mucha satisfaccion.)

ESCENA VIII.

DON ANTONIO.—DON TIMOTEO.

ANT. Me alegro de hallar á usted aquí.—¿Es cierto lo que Enrique acaba de referirme?

TIM. ¿Qué le ha referido á usted?

ANT. Que su padre, no contento con despedirle de casa, le ha echado su maldicion.

TIM. Así parece.

ANT. ¿Con esa frescura lo dice usted, cuando el pobre muchacho asegura que ha sido usted la causa...

TIM. ¿Me culpa á mí? Me ha injuriado injustamente, y su padre le ha impuesto... parte del castigo que merecia.

ANT. Pues siendo asi, amigo Don Timoteo, y siendo usted el único agraviado, no dudo que intercederá con Benito para que le perdone.

TIM. Interceder yo?... No serviria de nada.

ANT. Pero si usted lo intenta...

TIM. Eso es mucho exigir de un ofendido.

ANT. Cómo? Llevaria usted hasta ese extremo su irritacion? Usted tan cristiano, tan mirado en todo, ¿ha de consentir que por un acaecimiento que no acabo de explicar-

me, salga un hijo expulsado de su casa, y cunda por Madrid la nueva de semejante escándalo? Mírelo usted bien, señor Don Timoteo. Esta es la ocasion de mostrar los sentimientos que deben animar á usted, el espíritu de abnegacion y de tolerancia á que sin duda le inclina su caridad. Dios manda que perdonemos al que nos ofende. Perdone usted á un jóven inadvertido, y sirva de mediador para que vuelva á la gracia de su padre.

TIM. Esos son en efecto mis sentimientos. Tan hecho estoy á no cuidarme de ofensas ni de calumnias, que me hago tambien superior á esta. Crea usted que le perdono con todo mi corazon; pero el cielo me impone otros deberes; y en este caso, tengo que establecer una incompatibilidad que me repugna. Si ese mozo insolente volviese aqui, yo me iría por la otra puerta: el vernos otra vez juntos, sí que sería un escándalo.—¿Sabe usted lo que diria el mundo? Que yo hacia de la necesidad virtud; que teniendo por qué callar, tomaba el partido de mostrarme humilde, y que á falta de vergüenza, fingia pasarme de generoso.

ANT. Pero esas son quimeras que usted se forja. Si no ha incurrido usted en falta alguna, ¿qué le importan calumnias ni murmuraciones? Doy tambien que le hayan ofendido á usted: ¿por qué en lugar de remitirla á Dios, toma usted sobre sí la venganza de su ofensa?

TIM. Yo ya he dicho que la perdono: pero ese jóven se ha apartado de mí, y Dios no consentiría que me uniese á él.

ANT. Hablemos claros, amigo mio. Su religion de usted es tan cómoda, que solo le permite aceptar lo que le favorece. Por esto, sin duda, ha aceptado usted una donacion...

TIM. (Turbado.) Silencio!... Pues ¿quién le ha dicho...

ANT. ¿Usted contaba con el secreto?... Descuide usted; que aunque me ha costado trabajo averiguarlo, no lo revelaré.

TIM. Dios sabe que no la queria admitir...

ANT. Pero yo sé que la ha admitido.

TIM. Y que me opuse á que figurara mi nombre en el instrumento...

ANT. Puede ser; mas ¿por qué figura?

TIM. ¿Usted no conoce á su cuñado?

ANT. Sí tal; pero mas le conozco á usted. Sin embargo, vuel-

va Enrique á su casa hoy mismo, y quizá le dejaremos á usted gozar de la dádiva arrancada á la debilidad de un hombre que asi malrota sus intereses.

TIM. Me llama un quehacer urgente; perdone usted. Luego hablaremos mas despacio sobre este particular. (Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

ISABEL.—DON ANTONIO.

ISAB. ¡Ay, Señor Don Antonio! Mariana está fuera de sí. Esa pícara boda que su padre ha urdido, va á hacerla perder el juicio. Venga usted, á ver si le convencemos, para que no se efectúe esta noche como pretende.

ESCENA X.

SOFIA, MARIANA.—ISABEL, DON ANTONIO.

MAR. (Sofocada.) No! Nunca! Nunca! No me queda mas arbitrio que huir de aquí.

SOFIA. Calma, por Dios, Mariana; no hay que precipitarse.

ANT. ¿Dónde está tu marido?

SOFIA. En su despacho.

ANT. (Dirigiéndose adentro por la derecha.) Hombre mas imbécil! (Deteniéndose en la puerta.) Pero aquí sale. (Volviéndose.)

ESCENA XI.

DON BENITO.—DICHOS.

BENITO. (Distraido, leyendo la escritura.) Vea usted... «A Don Timoteo Azucena la casa de mi propiedad, en que habito, calle de... (Reparando en Don Antonio, y escondiendo la escritura.) Cómo! (Sorprendido.) Tú aquí! Qué es esto? (Viendo á los demas.) ¿Se han conjurado todos en contra mia?

ANT. No, Benito, en tu favor. ¿Te has propuesto cometer hoy toda especie de desatinos?

MAR. Padre! Tenga usted compasion de mí! No me someta á tan dura prueba; no me mande obedecerle en esto!

BENITO. Qué oigo! ¿Con que te opones abiertamente...

MAR. ¡Ah, padre mio! ¿qué he hecho yo para que se me condene á vivir así? Si es un crímen haber abrigado un amor que usted reprueba, desde luego renuncio á él; pero no me una usted á un hombre á quien aborrezco.

BENITO. Hola, hola! Quién te ha enseñado esa arenga?

MAR. Mi desgracia, mi desesperacion!

BENITO. ¿Qué atrevimiento es ese... ¿Tú tambien te rebelas... Con que aquí todos desprecian mi autoridad? Pues no, no mil veces: son en balde las súplicas; he jurado casarte esta noche, y lo cumpliré.

ISAB. Vamos, tio, dése usted á razones...

BENITO. Y á tí ¿quién te mete... ¡Ahora mismo te irás de mi casa, ahora!

ANT. Pero, Benito, ¿es posible que no escuches ..

BENITO. Qué? Tus consejos? No quiero oirlos. Son de tal naturaleza, que no debes tomarte mas la molestia de venir á dármelos.

SOFIA. (A Don Antonio y las dos primas.) Este hombre es incorregible.—Dejadme todos. (Mariana é Isabel entran por la derecha; Don Antonio se va por el fondo.)

BENITO. Sofia, ¿qué has dicho?

SOFIA. Que dentro de media hora te aguardo en mi habitacion.

BENITO. Voy á salir.

SOFIA. Primero te importa oirme.

BENITO. Tratarás de convencerme...

SOFIA. No, infeliz; te convencerás tú mismo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Tocador de Sofia. Puerta de entrada al fondo. A la izquierda y en primer término, otra puerta con cortina. A la derecha, tambien en primer término, una mesa grande cubierta con un tapete.

ESCENA PRIMERA.

SOFIA, DON BENITO entrando.

BENITO. (Sacando el reloj y mostrándolo.) Mira; las tres y media: dí que no soy puntual. Vamos ¿qué me querias decir? Saldrás con una embajada...

SOFIA. No; el asunto es mas grave de lo que crees.

BENITO. Con tal que no me mientes á ese canalla... Porque lo que es á casa, no ha de volver; por seguro puedes tenerlo.

SOFIA. Tú le perdonarás.

BENITO. No á fé mia.—Y no me vengas con condescendencias; que el haber tú apoyado su calumnia, fue causa de que se desvergonzase en aquellos términos.

SOFIA. Es decir que aqui hemos tramado una intriga, una especie de conspiracion...

BENITO. Es claro.

SOFIA. Y que yo he consentido en servir de instrumento...

BENITO. Preciso.

SOFIA. Y de esa indigna farsa excluyes solo á tu favorito?

BENITO. Pobrecillo! Harta desgracia tiene.

SOFIA. Benito, pero ¿es posible que nos hayamos confabulado todos para inventar una calumnia? ¿Soy yo capaz de au-

torizarla con mi asentimiento, y á costa de tu honor y mi reputacion?

BENITO. Mujer, de tu debilidad de carácter cualquiera cosa puede creerse. Estás infatuada, estás prevenida contra ese infeliz...

SOFIA. Y si yo te asegurase que es cierto lo que tu hijo te ha declarado...

BENITO. Aunque lo juraras, no te creeria.

SOFIA. Sin necesidad de jurarlo... lo afirmo, y basta.

BENITO. Pues ya! A mí con esas! ¿No ves que te conozco bien, sé lo indulgente que eres con ese calavera, que me ha dado tantos disgustos, y observo que tratas de sincerarle para que mi proceder parezca excesivamente rigoroso? ¡Ay amiga! Que soy ya perro viejo, y huelo la caza desde muy largo.

SOFIA. Pues bien: tu huésped está enamorado de mí.

BENITO. Lo creo.

SOFIA. Ha solicitado mi amor.

BENITO. Y tambien el mio.

SOFIA. No se juzga dichoso, si no correspondo á su pasion.

BENITO. Vamos, acabará por convertirte; y hará una obra de caridad, porque lo necesitas.

SOFIA. No seas necio; no han de valerte esas evasivas. Sobre que tú mismo has de ser juez de mi ofensa y de la tuya!

BENITO. ¡Qué ofensa, ni qué calabazas! ¡Buen modo de ofenderte, y recuerdo que estabas tan serena!

SOFIA. No me cogia de nuevas su confesion, ni era caso para mostrarme sobresaltada. ¿Qué habia de hacer? ¿Ponerme hecha una furia? No; estas cosas se oyen con risa; al audaz y al majadero se los humilla con la indiferencia...

BENITO. Eso digo yo; y por eso me ves tan indiferente.

SOFIA. Pero en lo que aqui ha sucedido, varian las circunstancias.

BENITO. ¿Por qué?

SOFIA. Porque la injuria se nos hace á ambos.

BENITO. Bien: ¿y si yo estoy dispuesto á perdonarla?

SOFIA. Debes hacerlo en la parte que á tí te toca; mas no en lo que concierne á la mia.

BENITO. Vaya, vaya! Déjate de esas sutilezas.

SOFIA. ¿Con que consientes en que me ame Don Timoteo, en que, dentro de tu misma casa, me persiga é insulte con

sus suspiros...

BENITO. Pero si esas son cavilosidades tuyas. Si fuera asi, no me lo contarias.

SOFIA. Cómo! ¿Te atreves... De ese ultraje vas á desdecirte hoy mismo.

BENITO. Vamos, Sofia, tengamos la fiesta en paz...

SOFIA. No; ya está empeñado hasta mi amor propio...

BENITO. Pero ¿cómo has de persuadirme...

SOFIA. Si con tus ojos y oidos oyeras y vieses lo que de ese hombre acabo de referirte, ¿lo creerias?

BENITO. De manera que... como eso es tan imposible...

SOFIA. Nada hay mas fácil.

BENITO. Sí?

SOFIA. Con solo que te incomodes un cuarto de hora...

BENITO. No exiges gran sacrificio.

SOFIA. Tú propio presenciarás la escena.

BENITO. Mujer, vas picando mi curiosidad, y es fuerza seguir la broma. ¿Con que voy á presenciar...

SOFIA. Sí.

BENITO. Y desde dónde?

SOFIA. (Acercándose á la mesa y alzando el tapete.) Aquí te has de colocar.

BENITO. Cómo?

SOFIA. Debajo de esta mesa.

BENITO. Estás loca?

SOFIA. No hay remedio.

BENITO. Pero...

SOFIA. Solo sometiéndote á esta prueba, podré vivir ya á tu lado.

BENITO. ¿No seria mejor en tu dormitorio?

SOFIA. No, porque hablaremos quedo.

BENITO. Semejante extravagancia... Pues si no logras convencerme...

SOFIA. Y aun asustarte.—El fin justifica los medios; y mayor castigo mereceria tu incredulidad.—Métete ahí debajo.

BENITO. Pero tan pronto...

SOFIA. Así ha de ser, ó de lo contrario... (Coge la campanilla y llama.) Ea: que van á verte. (Métese Don Benito debajo de la mesa.)

ESCENA II.

Un CRIADO.—SOFIA, DON BENITO.

SOFIA. (Dirigiéndose al encuentro del criado que entra, y á media voz.) Llégate corriendo en casa del señor juez... ya sabes... (El criado hace señas afirmativas con la cabeza.) y entrégale esta carta en su propia mano. Si viene antes de salir yo de aquí, que haga el favor de esperar un instante en la sala. (Hace el criado que se va, y vuelve á la voz.) Ah! (En voz alta.) al señor Don Timoteo, que venga á mi habitacion, donde le estoy esperando. (Váse el criado.)

ESCENA III.

SOFIA, DON BENITO, que saca la cabeza.

SOFIA. Tápate bien, y cuidado con hacer ruido; que si sospecha...

BENITO. Yo no deberia acceder á capricho tan estrambótico; y solo el deseo de ver en qué para esto...

SOFIA. Creo que no te arrepentirás de tu condescendencia. Por supuesto que voy á representar un papel fingido; voy á mostrarme apasionada hasta donde me sea posible, y verás cuán distinto es ese hombre de lo que te parecia. Tú no te escandalices; no interrumpas la conversacion, mientras no adquieras un pleno convencimiento... La farsa es repugnante sin duda alguna; pero á este extremo me ha reducido tu obstinacion; justo es que compres un poco caro tu desengaño.—Ya se oyen pasos. Será él.—Silencio.

ESCENA IV.

DON TIMOTEO.—SOFIA, DON BENITO oculto.

TIM. (Desde la puerta.) Señora ¿es verdad que me llama usted?

SOFIA. Sí, sí, señor; entre usted.—Pero antes tenga la bondad de entornar la puerta. (Don Timoteo cierra la puerta y vuelve.) Así; mil gracias.—Pues, señor, como no nos dejaron terminar nuestra conferencia... ¡Ay, ami-

go! Qué rato he pasado tan cruel! Qué sorpresa tan repentina! Un miedo me dió cuando ví aparecer á Enrique! Y luego como se puso tan alterado! Gracias á su sangre fria de usted, que si no, Dios sabe lo que hubiera sobrevenido. Usted bien conoceria que yo traté al principio... pero despues me turbé de modo, que no sabia donde estaba, no pude despegar mis labios para desmentirle... En fin, á Dios gracias, mejor se ha compuesto de lo que yo temia; tenemos mas libertad que antes; porque como nadie puede recelar de usted... así es que Benito, despreciando cuanto puedan decir de mí, quiere que no se aparte usted un momento de mi lado.

TIM. (Interrumpiéndola.) De veras?

SOFIA. En otro caso ¿me hubiera yo atrevido á llamarle á usted, ni me expondria á hablarle otra vez á solas? Confieso que me halaga su inclinacion; pero hay que guardar respetos...

TIM. ¿Qué es esto, señora? Ese lenguaje... De muy diferente modo me trataba usted hace poco tiempo.

SOFIA. Ah! Usted toma al pié de la letra todo lo que le dicen! Bien se conoce que no es usted muy fuerte en achaques mujeriles. ¡Pobres de las que se fingen ó se creen inexorables, con ánimo de sacar mejor partido de su vencimiento! Ademas de que el pudor natural por una parte, por otra la incertidumbre, la desconfianza, hasta el amor propio, oponen en los primeros momentos obstáculos invencibles. ¿No sabe usted que los triunfos mas gloriosos son siempre los que mas cuestan? ¿No ha oido usted decir nunca que los corazones mas esquivos y reservados suelen ser los mas seguros y vehementes?— ¿Se admira usted de lo que le digo? ¿Qué mucho, si yo tambien... Esto le dará á usted una idea de mi situacion; esto le explicará porque contenia yo á Enrique, porque prolongué tanto nuestra conferencia, porque en fin le exigí á usted palabra de que desistiese de una boda que no sé hasta qué punto podra serme perjudicial. Y bien: ¿quiere usted mas franqueza? ¿Se da usted por satisfecho con estas explicaciones?—Por Dios, no esté usted así, señor Don Timoteo, porque creeré que en un momento de exaltacion dió pábulo á mi esperanza, y que luego arrepentido...

TIM. Déjeme usted, Sofia, déjeme usted que dude de lo mis-

mo que estoy oyendo. ¿Es posible que al fin merezco tanta felicidad? Si usted supiera qué bálsamo tan delicioso derrama en mi corazon, qué deleite tan inefable, qué suavísima dulzura, que enagenándome de mi ser, me embriaga con ilusiones como nunca fascinadoras! Mas por lo mismo que he consagrado á ellas todo mi anhelo, séame permitido, permítame usted, Sofia, que las goce con cierta desconfianza. ¿Qué sé yo si su discrecion de usted ha inventado este recurso para hacerme desistir de la boda con que me brindan? Y ¿quiere usted que no le encubra nada de lo que siento? Pues no me satisfacen sus palabras, ni promesas mas terminantes me satisfarian tampoco; y si usted se ha propuesto favorecerme con una gracia que en tanto estimo, anticípeme de ella lo que basta para que quede mi voluntad esclava perpétuamente de la suya.

SOFIA. (Tosiendo con intencion como para avisar á su marido.) Jesus! qué impaciencia! Y sobre todo ¡qué poca fé tiene usted en los que le aman! ¿No se ha puesto usted en camino, y ya le parece largo?

TIM. Es que el bien que no se merece se tiene por imposible. Nuestra imaginacion goza de la fortuna mucho antes de poseerla; y como yo me juzgo tan poco digno...

SOFIA. No encarezca usted su modestia á costa de mi alabanza. Y luego que si usted es de los que se forjan esas quimeras de la fortuna, padecerá tambien el error de los que la creen mezquina cuando la logran.

TIM. Señora...

SOFIA. Eh! basta de discreteos. La verdad es que los hombres son todos lo mismo; no saben mas que tiranizarnos; y mucho ponderar su amor, y mucho hacer alarde de su desinterés y su rendimiento. ¿Es justo que porque yo le confiese á usted mi debilidad, usted se proponga al punto abusar del predominio que sobre mí ejerza? No, amigo mio; hasta para los gustos hay su sazon, y para mí no es triunfo el que improvisa la violencia

TIM. Pero, Sofia, por Dios, si tan propicia me escucha usted, si mi amor es correspondido, ¿por qué no me da una prueba...

SOFIA. Eso es muy diferente.—Yo no digo que andando el tiempo... pero así sin mas ni mas... ¿Y mis deberes? Y la ofensa que se hace al cielo?

TIM. Ofensa! Ofensa! Déjese usted de escrúpulos; mia es esa responsabilidad.

SOFIA. Ya! si Dios no nos castigase...

TIM. Qué ha de castigar!... Dios dice: «No harás esto, ni esto...» pero es segun y conforme.—Hay casos en que puede uno emanciparse de la conciencia, casos en que ciertas faltas se subsanan con la pureza de la intencion. En fin, usted no entiende de esto; mas adelante comprenderá... Déjese usted conducir por mí, y no me niegue, por Dios, mas tiempo... (*Sofia finge un acceso de tos.*) Qué es eso? Tose usted mucho.

SOFIA. Sí; es una cosa tan violenta...

TIM. ¿Quiere usted un alfeñique? (*Echando mano al bolsillo.*) Aquí he de tener alguno.

SOFIA. Qué! No señor; es un catarro encrudecido, que no se cura ni con jarabes.

TIM. ¿Y le incomoda á usted...

SOFIA. Mucho!

TIM. Pues sus escrúpulos de usted fácilmente se desvanecen. Nadie ha de sospechar siquiera... porque esto es lo principal! En no dando mal ejemplo... Una accion es mala ó deja de serlo, segun el escándalo que resulta de ella; y así el que no escandaliza, tampoco peca.

SOFIA. Ya.—Siendo así...

TIM. Pues ¿qué duda cabe?

SOFIA. (*Tosiendo otra vez y dando unas palmadas sobre la mesa.*) Tanto va usted apurando... Cuidado si es usted exigente y terco!... Ya se vé: no tiene una voluntad propia... Y como por otra parte no hay medio de que usted crea... Yo harta repugnancia he manifestado... En fin, si incurro en alguna falta, no será mia la culpa, no, sino del que me obliga...

TIM. No tenga usted cuidado; yo cargaré con ella.

SOFIA. Ay! Me parece que siento pasos: no sea que mi marido...

TIM. Qué, señora! Su marido de usted es un pobre hombre. Se hallará tan contento, si sabe que estamos juntos! Yo hago de él todo cuanto quiero.—En fin, para que usted se tranquilice, registraré esas habitaciones. (*Éntrase por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

DON BENITO, SOFIA.

BENITO. (Saliendo de debajo de la mesa.) Ya lo he visto; ya lo creo todo.—Malvado!... Estaba en brasas; no sé cómo he resistido tanto.

SOFIA. Pero ¿á qué sales tan pronto? Vuelve á ocultarte, que todavia no es tiempo.—Es menester que acabes de convencerte, porque aquí estamos infatuados, estamos prevenidos contra ese infeliz...

BENITO. ¡Mal haya el dia en que le conocí, y la hora en que vino á casa!

SOFIA. No tal.—Deja que acabe de convertirme, y haga esa obra de caridad! (Sintiendo venir á Don Timoteo, se pone delante de su marido para ocultarle.)

ESCENA VI.

DON TIMOTEOS.—OFIA, DON BENITO.

TIM. (Sin ver á Don Benito.) Nada; no se vé á nadie, ni se oye el rumor mas leve.—Sofia!... (Se dirige hácia ella con los brazos abiertos; Sofia se aparta, y queda Don Timoteo frente á frente de Don Benito.)

BENITO. (Deteniéndole.) Poco á poco, amigo! No se esperaba usted esto! ¡Usted era el santo, el que se burlaba del poder del demonio y sus tentaciones! Digo! Por una parte á la hija, por otra á la mujer... Bien me lo aseguraban; pero yo estaba tan ciego... Usted me cerró los ojos; usted mismo acaba de abrírmelos.

SOFIA. (A Don Benito.) Ya comprenderá usted que he hecho esto con anuencia de mi marido, porque no me quedaba otro recurso...

TIM. (A Don Timoteo) Bueno... pero ¿usted cree...

BENITO. A otro perro con ese hueso... y á otra parte con la música.

TIM. Es que yo me proponia...

BENITO. Corriente; pero no se haga usted el desentendido. No quiero pícaros en mi casa.

TIM. De este modo me trata usted!... Su casa! No es ya de

usted, sino mia, como lo haré ver donde me convenga. Y en cuanto al lazo que se me ha tendido, me importa poco; tengo la venganza en mi mano, y usted lo sabe; tengo medios de desbaratar todas esas imposturas; y espero en Dios que no me abandonará, por lo menos hasta que se arrepientan ustedes de haberme monospreciado. (Váse.)

ESCENA VII.

SOFIA, DON BENITO.

SOFIA. Me aterra ese hombre ¿Tiene en efecto medios de vengarse?

BENITO. Déjame, déjame, que pienso volverme loco.

SOFIA. ¿Recelas que pueda hacerte algun daño?

BENITO. Ay! Ahora conozco mi error, y tiene razon!

SOFIA. Pues cómo?

BENITO. Esta casa es suya.

SOFIA. Pero ademas ha indicado...

BENITO. Sí; ademas hay otra cosa que puede perderme.

SOFIA. Dios mio!

BENITO. ¿Quién me aconsejará lo que debo hacer?

SOFIA. Previendo que podriamos necesitarle, he rogado á Bonafós que viniera inmediatamente, pues como juez y como amigo...

BENITO. (Dirigiéndose á la puerta) Voy á su casa.

SOFIA. (Siguiéndole.) No conviene que salgas ahora.—Espera: ahí está mi hermano, y él te podrá decir... (A Don Antonio que sale.) Entra, Antonio.—Yo voy á ver qué ha hecho; no fragüe algun otro enredo... (Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

DON ANTONIO,—DON BENITO.

ANT. Qué pasa aquí? Don Timoteo baja á escape la escalera; en casa todos hablan con misterio; vosotros estais desasosegados...

BENITO. Qué ha de suceder! Hoy llueven desdichas sobre esta casa. Mi estupidez, mi alucinamiento... Cuando recuerdo que por defender á ese bribon, me incomodé conti-

go... pero tú no eres rencoroso, verdad? Oh! si hubiera hecho caso de tus consejos!

ANT. Bien, hombre; eso ya pasó.—¿Qué nueva desdicha...

BENITO. Que ese ingrato, para quien he sido un bienhechor, un hermano, trataba de seducir á Sofia.

ANT. ¿Te has convencido de esto? Tiempo era ya.—Qué mas?

BENITO. Que, sin duda inspirado por el demonio, le he cedido esta casa, en virtud de escritura pública...

ANT. Lo sé tambien.—Adelante.

BENITO. Y cuando he querido arrojarle de ella, me ha respondido que no era mia.

ANT. Claro —¿Qué habia de responder?

BENITO. Pero lo peor es que me ha amenazado con su venganza, y temo que la ejecute.

ANT. De qué manera?

BENITO. Maldita debilidad! No contento con dispensarle todo género de favores, le hice tambien depositario de mis secretos, y entre otros, de uno que puede costarme caro. Me pintó la cosa de modo, que le entregué un documento en que aparezco traidor al Rey, habiéndole sido tan fiel como todos saben.

ANT. Pero ¿qué documento es ese?

BENITO. Un recibo de quince mil ducados, que con otro pretexto me sacaron para el Pretendiente.

ANT. Pues si tales prendas habias soltado, ¿por qué no te has conducido con mas cautela? Antes de echarle á la calle...

BENITO. Sí, como que estaba yo para miramientos ni reflexiones. —Traidor! Malvado! Que bajo aquel aire de candor y recogimiento, encubriese un corazon tan inicuo, y que cada golpe de pechos que se daba fuese un escarnio, una profanacion! Para que vuelva yo á creer en los que se llaman honrados y virtuosos! No he de ver á ninguno de esos que se comen los santos, de quien no huya como de Satanás.

ANT. Hombre, será otra exageracion. ¡Que no has de guardar temperamento en nada, sino pasar de un extremo á otro! Con que porque uno te ha engañado fingiéndose devoto y virtuoso, ¿has de mirar como taimados á todos los que se hagan respetar por su bondad y su religion? No; en lo que debes poner cuidado, es en no confundir la realidad con las apariencias, y en no prendarte tan fácilmen-

te de aduladores. Huye siempre que puedas del impostor, pero ten confianza en el hombre honrado.

ESCENA IX.

ENRIQUE.—DON BENITO, DON ANTONIO.

ENR. Si despues de lo que ha ocurrido, merezco, padre, que usted...

BENITO. Sí, hijo mio, ven á mis brazos.—No recordemos escenas desagradables.

ESCENA X.

SOFIA, EL JUEZ.—DON BENITO, DON ANTONIO, ENRIQUE.

SOFIA. Aquí está, Benito, el señor Don Diego. Se lo he referido todo.—(Don Antonio y Sofia hablan aparte.)

BENITO. ¡Ay, amigo de mi alma! ¡Quién hubiera dicho ayer, cuando nos despedimos tan alegres... Estoy avergonzado... Perdone usted que le hayamos distraido...

JUEZ. Nada de eso; antes han hecho ustedes bien en avisarme, porque es de recelar que ese hombre...

BENITO. Si, señor, ese hombre es muy perverso.

JUEZ. La donacion es tan extraña é injustificable, que espero se dé por nula.

SOFIA. (A su marido.) Tu silencio para conmigo es la causa del cuidado que mas te aqueja; pues si yo hubiese sabido lo del recibo...

JUEZ. Qué recibo?

ESCENA XI.

DOÑA GERTRUDIS.—DICHOS. Al ver entrar á Doña Gertrudis, Don Antonio llama al Juez, y durante esta escena, estan hablando aparte.

GERT. Aunque habia jurado no entrar mas por esos umbrales... (A Don Benito.) Grandísimo mandria! Con que apenas he faltado yo de aquí, has sacrificado al señor Don Timoteo? Acabo de encontrarle, y me ha referido... Jesus ¡qué horrores! No puede darse mayor escándalo!

BENITO. Cierto; por escandaloso merecia una horca!

GERT. Imputarle una accion tan fea!
BENITO. Con que despues de haberla cometido...
GERT. Envidiosos!
BENITO. Pero ¿qué envidia ..
GERT. Calumniadores!
BENITO. Si no escucha usted...
GERT. Hipócritas!
BENITO. Le he oido yo mismo...
GERT. Mientes!
BENITO. Declarar su amor á Sofia.
GERT. Es falso!
BENITO. Pero si yo mismo lo he visto...
GERT. Bah! No te da vergüenza?
BENITO. Usted acabará de desesperarme. Cuando digo...
GERT. Eso es un imposible, un absurdo.
BENITO. ¿Imposible lo que ha pasado ante mis ojos?
GERT. Tus ojos ven ya visiones.
BENITO. Por Dios, que si no fuera usted mi madre...
ISAB. Paciencia; tio. No queria usted creernos; y á usted no le creen ahora.

ESCENA XII.

UN CRIADO, DICHOS.

CRIADO. El Señor Don Timoteo, acompañado de otro caballero, desea ver á mi señor.
BENITO. Jesus! Jesus! Y qué hacemos?
ANT. Veamos qué quiere. Que entre. (Váse el Criado. Al juez.) Convendria que usted se ocultase...
JUEZ. Sí, porque me conoce... En dónde?
SOFIA. No hay mas escondite que esta alcoba... Correré la cortina...
JUEZ. Vamos. (Sofia corre la cortina, y el Juez se coloca detrás.)

ESCENA XIII.

DON TIMOTEO, el ALCALDE.—DICHOS.

TIM. (Al Alcalde.) Este caballero (Señalándole) es la persona á quien usted busca. (A Don Benito.) El Señor es un alcalde de barrio que manda el corregidor...

ALC. Con esta carta de mano de Su Excelencia.

BENITO. (Abriendo la carta y leyéndola para sí.) Dios mio! ¿Detenido en mi casa hasta que preste declaracion? ¿En qué crímen he incurrido? Usted, delator infame...

TIM. Los insultos no son razones.—Dios lee en nuestras conciencias, y dará á cada uno su merecido.

BENITO. Pero usted ¿con qué objeto viene...

TIM. A reclamar el cumplimiento de esta escritura... en presencia de una autoridad... (Señalando al Alcalde.)

BENITO. Acusado como criminal, y desposeido de mi casa como si fuese válida esa donacion!

TIM. Libre y espontáneamente la otorgó usted; y pongo por testigo al cielo...

BENITO. Habráse visto iniquidad como esta! Malvado! Bien pago mi desvario! Y ¡qué necio fuí, cuando en lugar de haber hecho la cesion, como usted me rogaba, bajo el nombre supuesto de *Don Rufo Melilla*...

TIM. Menos conversacion, señor mio; en balde se cansa usted...

BENITO. No alegaria usted ahora como un derecho lo que fué en mí una insensatez inexplicable.

ESCENA XIV.

EL JUEZ.—DICHOS.

JUEZ. (Mirando atentamente á Don Timoteo.) Don Rufo Melilla! Él es!—Apodérese usted de este hombre, señor alcalde! (Don Timoteo se turba.)

ALC. Pero...

JUEZ. Obedezca usted en nombre de la ley! (Mostrándole la vara.) Don Rufo Melilla, encausado por asesino, defraudador de la Hacienda Pública, espia y agente de Staremberg... Mas de un mes hace que tengo en mi poder la requisitoria... Y le estaba viendo diariamente... Señores, (A los de la casa.) estan ustedes de enhorabuena.

TIM. Yo exijo pruebas. Pues qué! ¿Se atropella así á un inocente?

JUEZ. Amigo, quien á cuchillo mata... Pero de su inocencia responderá usted ante la justicia.—Señor Alcalde...

ALC. Tengo dos alguaciles á la puerta de la calle...

JUEZ. Bien está.—Yo les acompañaré á ustedes hasta la cár-

cel. (*Sale apresuradamente Don Timoteo; detras el Alcalde. A los demas.*) Son todas sus señas; no me cabe la menor duda. (*A Don Benito.*) Ya no hay cuidado; lo del recibo se zanjará en breve.

BENITO. Usted me ha vuelto la vida...

JUEZ. Dé usted gracias á Dios, cuyos altos juicios... Repito mís plácemes... y hasta luego. (*Váse.*)

ESCENA XV.

SOFIA, DOÑA GERTRUDIS, MARIANA, ISABEL, DON BENITO, DON ANTONIO, ENRIQUE.

ANT. Si; la justicia de Dios no abandona nunca á los inocentes.

BENITO. Pero ¡qué sucesos tan maravillosos! Qué leccion tan saludable dejan en lo íntimo de mi alma!—(*A Doña Gertrudis.*) ¿Ve usted cuánta razon tenian los que desconfiaban de la santidad de ese miserable?

GERT. Es que falta el rabo por desollar. A saber si será el que dicen!

BENITO. Sofia, á tu honrada discrecion, á tu verdadera virtud debo este desengaño. ¡Bendita seas!... (*Enterneciéndose y limpiándose las lágrimas.*) Con que, vaya, hijos, se acabaron las pesadumbres: (*A Mariana.*) tú te casarás con Luis inmediatamente; (*A Enrique.*) tú seguirás siendo el celoso defensor de la honra de tu padre.—Antonio, gracias por tus consejos.—Feliz tú que eres bueno sin presuncion y virtuoso sin fingimiento!

SOFIA. ¡Felices los que lo son, y tienen ademas la dicha de parecerlo!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.
Madrid y Mayo 21 *de* 1858.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.

Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.

El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Júdas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey García
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Flor marchita.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado.
Las querellas del Rey Sabio.
La oracion de la tarde.

La llave de oro.
La Providencia
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
Las querellas del Rey Sabio.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y Maria.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Podcroso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién vive!!

Rival y amigo.

Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lagrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé.
Azon Visconti.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El doctrino
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lírico).
El dominó azul.
El mundo á escape.
El novio pasado por agua.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.

Guerra á muerte.
Giralda.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.

Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres madres para una hija.
Tres para una.

Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. cuarto segundo de la izquierda.